

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072



DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 21 DE JULIO DE 1904

NÚM. 20

CARIDAD MODERNA



.....

—Es imposible concederle el más pequeño subsidio... Nuestro gran festival no ha dado resultado; hay déficit... Haga usted la cuenta: 1.500 pesos al culto, 300 pesos en bizcochos y refrescos, 2 pesos para los peones y otros 300 en zonceras varias... Ahora en cuanto á la entrada, no alcanza á 2.100 pesos. Con que así, ya ve usted. Cómprese un billete de lotería y confíe en la Divina Providencia...

“LA EXPOSICIÓN ARGENTINA” *ALSINA 1640* *
* *BUENOS AIRES*

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO ❖ CASA DE CONFIANZA



Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

1

CIGARRILLOS



“TRES CORONAS”



HABANOS

G. San Germier

POR CINCO PESOS ❖

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras. *

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle LIMA, 1165 ❖ BUENOS AIRES

8

LOS OBREROS Casa fundada
* en 1884 *

— DE —
FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS PARA TRABAJADORES

Calle DEFENSA núm. 619

OTA: Nuestra ropa no se desdosa. Pida V. catálogo

7

I. Bonansea

CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO

Calle MORENO núm. 990

— ❖ BUENOS AIRES ❖ —

5

Justino B. Lamarque

CIRUJANO - DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle ARTES núm. 543 BUENOS AIRES

15

Pinturería y Ferretería del Comercio
POR MAYOR Y MENOR

DE JOSUÉ BENZONI

Surtido general de Ferretería, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinturas, Oleografías, etc., etc.

DEFENSA núm. 966 — BUENOS AIRES

6

“MARTIN FIERRO”

Semanario Ilustrado de Crítica y Arte

Redacción y Administración: SANTIAGO DEL ESTERO, 1072

PRECIOS DE SUSCRICIÓN ADELANTADA:

EN LA CAPITAL:

Trimestre \$ 1.20

Año > 4.80

Exterior: \$ 4.—oro al año

EN EL INTERIOR:

Trimestre \$ 1.80

Semestre..... > 3.50

Año > 6.—

Número suelto: 10 centavos—Provincias: 15

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072



DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 21 DE JULIO DE 1904

NÚM. 20

ÓPTIMAS MIESES

La tierra herida parece gemir bajo la alta hoja victoriosa que se hunde en su entraña. El arado se abre camino haciendo á un lado la maleza segada el día antes. En lo alto del carro de hierro va el conductor.

Atrás, siguiendo el surco, la mano ágil del sembrador arroja la semilla como una lluvia de oro. Se abre la mano y el grano de trigo cae para ser cubierto después por el humus fecundante.

Hay mucha luz en el aire. La atmósfera tiene una transparencia de cristal de roca. En los ojos de los labradores hay triunfo y alborozo. Cruzan cantando el himno de la vida bajo la gran gloria del sol. Son los altivos conquistadores, los soberbios heraldos del porvenir, que á su paso van dejando incubado el desierto.

La naturaleza habla entonces al alma del hombre. Hay cantos de esperanzas y de júbilos, que parecen descender de lo alto envueltos en ondas musicales de misterio; y el semblante de los trabajadores se ilumina adquiriendo tintes de auro-
ra. Tienen la visión de la cosecha.

Ante sus miradas surge el campo florecido, la espiga abundante, fecundada por los rayos del gran luminoso que les dora la frente llenándoles el alma de calor y fuerzas nuevas.

Por eso la alegría les rebosa en el rostro. El músculo enérgico y la paz interior revelada en sus fisonomías dicen que el cuerpo está sano y el alma contenta.

¡Eso es vida! Así puede desafiarse el porvenir

sin temores y sin debilidades. No pueden tenerlas, ellos, los bravos y serenos luchadores que á su paso van dejando incubado el desierto. No pueden tenerlas lo que aman la vida por la vida misma, por las encantos que ella tiene en sí, y que la tierra, buena y generosa madre, les ofrece devolviéndoles el germen hecho planta vigorosa en su vientre profícuo.

Llevan sol en el alma y por eso la amargura no nubla nunca las frentes de esos bravos y serenos luchadores, de anchos pechos y mirada libre, cuyas existencias se desenvuelven arrulladas por los cantos de la grande y fuerte, bella y sabia, amante y siempre joven y robusta Diosa.

La alegría tiene vida germinativa en sus corazonas, donde se abre como en las ramas la flor.

La esperanza es, para ellos, la brega del día. Ella constituye el futuro.

El fruto de mañana podrá ser arrebatado por el torbellino. ¡Qué importa! ¡Quién piensa en eso! La semilla ha sido arrojada y el árbol, lozano y fuerte, volverá á erguirse desafiando las iras del cielo. La simiente no sucumbe, la raíz queda en tierra y el retoño suele brotar con más empuje, con más poderosa fuerza de expansión.

Eso puede leerse en los semblantes de los trabajadores que abren el surco y arrojan el grano de trigo como lluvia de oro sobre el tajo anhelante hecho en la tierra virgen.

ALBERTO GHIRALDO.

CIVILIZACIÓN

¿Qué quiere decir civilización? Para casi todo el mundo quiere decir tener tramways eléctricos, ferrocarriles subterráneos, casas con gas y agua en todos los pisos, teatros, museos, restaurantes, fábricas, talleres, buques á vapor, etc. También se califica así el hacer la guerra con disparos de cañón, en vez de emplear arcos y flechas; y el edificar cada diez años una Exposición universal, cuyo principal atractivo consiste en el espectáculo de mujeres pobres que hacen bailar su vientre para alimentarlo.

Pues bien; nada de esto constituye la civilización.

Civilización es un estado de ánimo de los hombres mejorados por la experiencia de los siglos, que rechazan la barbarie de sus antepasados brutales, y que viven en el respeto mutuo unos de los otros. ¿Dónde hallar sobre la tierra un pueblo civilizado? En ninguna parte. No hay, ni lo puede haber, porque en todas partes los individuos se hallan en relaciones de subordinación ó de enemistad entre sí; porque en todas partes hay desgraciados que mendigan su alimento diario, en todas partes mujeres que se prostituyen, padres que torturan á sus hijos, gobernantes que devoran á los pueblos.

No obstante sus cinematógrafos, sus teléfonos, sus rayos Roentgen, etc., un estado social que tiene como elementos necesarios la esclavitud, la prostitución, la ignorancia y la violencia, no es una civilización. Es un barbarismo complicado y refinado, pero nada más que un bar-

barismo. ¡Y qué tremenda ironía es el ver á estos bárbaros hacer burla de los otros bárbaros; de oír á las mujeres con anillos en sus orejas ridiculizando las mujeres que los llevan en la nariz; oír los chistes contra aquellos que se postran delante de un hombre de madera dichos para otros que se humillan delante de un pedazo de género de ciertos colores!

Nuestro famoso vapor y nuestra famosa electricidad podrían ser la civilización si aquellos que los aprovechan tuvieran por fin el disminuir la pena común ó aumentar la felicidad de todos. Pero su fin (y no podía ser otro en la presente economía social) es el de enriquecerse procurando solamente el bienestar de los que pueden pagar.

Se confunde continuamente la ciencia con sus aplicaciones. Las aplicaciones industriales de la ciencia pueden indiferentemente servir ó no servir á la civilización según el uso que de ellas se haga. En realidad podríamos despreocuparlas. Pero no podemos desdeñar la ciencia, porque no hay modo de civilizarse si queda uno en peligro á cada instante de ser víctima de la primera superstición que se ofrece, religiosa política ó económica. La ciencia exige laboratorios, observatorios, bibliotecas, museos, escuelas.

En esto consiste la verdadera civilización, todo el resto es accesorio.

No hay pueblos civilizados todavía; pero hay en todos los pueblos individuos que aspiran á la civilización.

PECADO será y no pequeño el que voy á cometer; pero tengo derecho á esperar el perdón que me corresponde por lo involuntario de la falta; y acogiéndome á él, contrito y humildemente, expondré no un juicio, ni una opinión siquiera; solamente mis impresiones relativas á una de las obras más originales, más bellas de nuestra incipiente literatura: el poema *Martin Fierro* de D. José Hernández.

Arduo es sin duda el tema. Campo no explorado todavía, apenas si lo criza una que otra senda, casi borrada por la falta de trazo. Gran peligro lieva de perderse quien se aventure por su inmensa extensión sin otra brújula ni guía que su propio tino, y á campo travieso, como quien dice.

Sin embargo, por eso mismo he escogido este tema, por lo que tiene de novedoso, á fin de contrapesar lo pálido de mis ideas, lo deslucido de mi expresión, con el interés que el asunto en sí mismo tiene: tal como el vividor de las grandes capitales, que oculta bajo irrefutable sobretodo, un saco de moda fósil y una camisa que fue. Convencido soy, además, de cuanto es necesario hablar lo que se piensa, lo que se siente, para que el decir de uno, sino brillante, si no profundo, sea por lo menos verdadero, y no nos pase lo que á mí una vez, en un salón de baile, donde, habiendo hecho compromiso con una señorita para el próximo vals, me presenté á exigirle su cumplimiento cuando la orquesta preludiaba una *pas-de-quatre*. Y esta condición es tanto más necesaria cuando, como en el presente caso, se ha de hablar sobre los méritos y los defectos de una obra artística, pues aparte del talento crítico y de los especiales conocimientos que del arte se ha de tener, es también imprescindible conocer el tema á fondo, para decidir con exactitud si el pandero ha sido bien ó mal tañido.

Yo no tengo las des primeras condiciones, ya que lo he dicho y vosotros lo sabéis; pero creo poseer la última, como que he vivido la vida de nuestros gauchos, base del poema de Hernández, esa vida sencilla y, en intensidad poética, tan bien descrita por Martin Fierro en aquellas hermosísimas estrofas, en aquel poema inmortal, gloria impercedera de nuestra literatura, donde las generaciones del porvenir han de ir á rastrear, cual las actuales en los romances del Cid, los primeros acentos de nuestra poesía nacional, los primeros balbuceos del idioma que probablemente va á formarse (¿por qué no?) en estos pueblos de América, de pasado tan hermoso, de porvenir tan halagüeño; y allí estudiarán también, cuando el gaucho haya desaparecido para siempre llevado por las necesidades del progreso, doloroso á veces, pero siempre benéficas y fatales, por ser ley imprescindible de la naturaleza, que desaparezca lo que hoy existe para dejar el campo libre y preparado á lo que ha de venir, tal como la flor que se deshoja para que nazca el fruto, tal como el fruto que se pudre para que la semilla germine, tal como la semilla que se rompe para que se levante la nueva planta sobre la tierra preparada por los restos de la que le precedió en la vida;— allí estudiarán, decía, las generaciones venideras al primer colonizador de estas regiones, más persistente que el conquistador español en la nueva tarea de disputar al salvaje hora por hora, palmo á palmo la posesión de la tierra; allí buscarán á los primeros soldados, á los primeros héroes de la patria, que para que crecieran laureles en su suelo lo regaron con su sangre, que á cambio de sus vidas le consiguieron libertad, y que jalonearon la línea fronteriza de esta tierra argentina con los huesos de sus esqueletos. Allí estudiarán como han sido, por qué han sido nuestros adelantados y nuestros retrocesos, nuestros bienes y nuestros males, allí, en ese monumento paleontológico, más verdadero por más real, más exacto por más luminoso que la crónica y la historia, siendo estas el retrato y aquel el original, pues que aquel hombre argentino, cuando desapareciera de su vida presente, seguirá viviendo como ahora, merced á la potente magia de Hernández, que lo conservará, no cual helada momia, antes lleno de intensa vida sustentada por la panacea portentosa de tan maravilloso Paracelso.

Y ya sabéis, señores, cuanto es necesario á los pueblos el conocimiento exacto de su pasado, siendo reconocida verdad que *el presente, hijo del pasado, está preñado de porvenir*; y ya sabéis también cómo la poesía, su preta manifestación del humano espíritu, pues síntesis de sus facultades, tiene la inapreciable virtud de dar vida á lo muerto, cual Moisés agua á la peña, y de eternizarla á pesar de las edades. Ejemplo: Homero, el ciego portentoso que á falta de ojos veía con el alma— los poetas no necesitan como nosotros de la tosca muleta de los sentidos— Homero, luminoso sol, que, aún habiendo traspuesto la línea del horizonte del tiempo, sigue echando por cima de ella, sobre el cielo del presente, los raudales de su lumbré, entre cuyos resplandores muestra, pintada á luz, la vieja Grecia de la historia, la Joven Grecia de la poesía, hija predilecta del Arte y de la Gloria.

Quien tales prodigios realice, grande escritor será. Ya veremos si Hernández es capaz de meterse en semejante empresa y salirse con la suya, obligando á los venideros

siglos, Napoleón del arte, á que lo contemplan desde las pirámides de la inmortalidad.

Pero me parece oír una interrogación que dice: ¿Es eso posible? ¿Tales cosas puede hacer la poesía? Y dado que las haga ¡tal maravilla se ha realizado en ese humilde poemita, en esos pocos grupitos de contrahechos octosilabos en que un gaucho cualquiera canta con voz monótona los episodios de su pobre vida, al compás de una modesta guitarra, suya y casi afónica?

Siento ser ya quien tenga que contestar la pregunta; pero marchando de frente al balcón y no diciéndome “alto”, como el soldado del cuento me tiraré por él. Ayúdeme en la primera parte Hugo, hombre ducho en tales cosas, y conteste yo con sus palabras: “¿Sabéis para qué sirven los poetas? Pues sirven para llenar de luz la civilización; sencillamente para eso;” y si aún se insiste con la conocida frase: “Los versos no sirven para mandar al mercado”, yo replicaré, ya con palabras mías, que eso es verdad; pero que no es menos cierto que el botín del pié izquierdo no sirve para calzado en el derecho, y vice-versa; y que nadie proclama por ello la inutilidad de los botines. Á la segunda parte, venga el mismo Martin Fierro, pues *la lengua se me ayuda y se me turba la vista*, y dígame á los incrédulos:

“Bajo la frente más negra
Hay pensamiento y hay vida;
La gente escuche tranquila,
No me haga ningún reproche:
También es negra la noche
Y tiene estrellas que brillan”.

Si venga aquí el mismo Martin Fierro. Despojadle de su raído poncho, y ved por la entreabierta camiseta ese tostado pecho, amplio y levantado como para dar espacio á su grande y generoso corazón; quitadle ese sucio chambrero que le cubre la cabeza hasta los ojos, y contemplad esa amplia, bronceada frente, semejante al cielo de un crepusculo pampeano: esos negros brillantes ojos que la desgracia y la pasión embrocieron y abillantaron de consuno; esas oscuras, pobladas cejas, como hechas para que resalte más el fulgor de esa mirada reveladora de las más nobles y bullentas emociones; esas mejillas que curtiéron á la vez el sol de la pampa y el llanto del infortunio; ese áspero negro cabello; esa áspera negra barba, como si en su amarga vida la noche de la desgracia se le hubiera enredado en la cabeza, dejando solo al descubierto la altiva frente, que en un soberano esfuerzo de varonil arrogancia, emerge de entre esa sombra como una cumbre. Dejadle que suba en su caballo, y preguntad á los siglos (que han visto á Alejandro, al Cid, á Carlomagno; que han visto á D. Roldán, á Bernardo del Carpio) preguntadles si han conocido personaje más garboso y varonil.

Cierto que sus armas no son ni la tajante espada del caballero andante, ni el formidable cañón del guerrero moderno; pero con esa chuzca hecha de un cuchillo amarrado á un palo, con esas boleadoras y con ese facón, él realizó hazañas dignas de la historia. Preguntado, si no, á esos cerros de Bolivia, que aún están mudos de asombro, á medio enderezarse, atónitos todavía con la visión del heroísmo que contemplaron! Cierta también que una vieja guitarra acompaña su canto; pero su sencilla música no pierde por ello en belleza: nada más sencillo que una aurora; nada más humilde que una noche de luna. Y luego, él sabe llenar con su alma el oscuro hueco del instrumento, pues su alma, que es alma en pena, sabe de poéticas vagancias por las noches oscuras. Ved, si no, cuando él la pulsa con sus toscos dedos, cómo la vieja vihuela parece rejuvenecer, y da á la brisa perfumada el alegre movimiento de las policromas cintas que él le colgó al cuello como á una novia, cintas que simbolizan de su dueño la llameante irisada imaginación por su multicolor brillantéz, y el sentimiento generoso y bueno por su sedosa suavidad; y ved cuando la música echa su luz sobre las viejas amarillas cuerdas, si no son éstos rayos de sol que, atravesando del diapason el intrincado ramaje, corren inquietos y alegres por la limpia praderita de la caja.

Tal es Martin Fierro, prototipo de su raza, tan hábilmente creado por el poderoso ingenio de Hernández.

Si os causa extrañeza lo que de él vengo diciendo, considerad que ella tiene tal vez por única causa á lo inaudito del caso: hasta ahora el excelso monte de los poetas solo había sido accesible á quien montara en alado corcel, y causa asombro en verdad, contemplar ese gaucho que también lo tropa, en brioso redomón y á la carrera.

Sacrilego! á ganas de gritar; pero no hay tiempo, que ya el gaucho está en la cima, y tranquilo y socarrón, con la pierna sobre el arzón del recado, mira hacia el Oriente, en donde, sobre el azul horizonte de la literatura patria, levántase el sol de la gloria, cuyo primer rayo besa la frente de *ño Martin* que, echado el sombrero á la nuca, la ha descubierto toda entera.

SANTIAGO M. LUGONES.

Santiago del Estero, 1904.

(Continuará).

EL INSOMNIO

HACÍA rato que estaba tendido en su jergón. La vela de sebo ardiendo lentamente—dijera una agonía—alumbraba aquella misera vivienda.

Ante sus ojos como una obsesión, como una visión imborrable, tenía la última cuartilla que le diera el redactor sociólogo a las 2 de la mañana.

Allí estaban aquellas palabras que no le dejaban conciliar el sueño: "en esta tierra, solo protestan los haraganes, el trabajador vive bien". Y las veía escritas con grandes caracteres, inmóviles, fijas sobre el burro, mientras él pacientemente las fundía, las iba alineando en su compendador de acero, incansable receptor de ideas.

Y pensaba, y revolvió en su imaginación calenturienta esas palabras que no había grabado en su alma.

¿Sería él haragán?

La verdad es que no había protestado nunca, pero ¿acaso vivía bien?

Y escuchaba la respiración fatigosa de su hijita, que hacía días deliraba clamando con su débil vocecita: ¡agua! ¡agua! ¡tengo sed!

Pero don Ambrosio, el médico joven, distinguido, adinerado, con fama de inteligente no había querido ir a verla cuando supo que él era cajista y vivía... casi no recordaba el nombre de la calle—era tan apartada, tan en los arrabales... Luego su esposa tosía mucho.

Tendría también él la culpa que tuviera esa tos hueca, sonora que tanto la fastidiaba?

¡Ah! ¡y el conventillo!

Si pudiera salir de él! Porque era lástima ver á su compañera chapaleando lodo—porque aquello era lodo—en el

invierno, mientras hacía el cocido, ese cocido que él muchas veces no comía. ¿Había de tener apetito si desperataba á la doce?

Más era imposible, el conventillo tenía gavias, tenía fauces que sujetaban: era barato.

Y volvía su imaginación á encontrar las palabras de la cuartilla: "el trabajador vive bien". ¿No trabajaría lo bastante, acaso?

Tal vez fuera eso. Porque no comprendía que el redactor no dijera la verdad.

Pero sentía un dolorcito en el pulmón y tenía que cambiar la posición del cuerpo.

Sin embargo; no era nada, muchas veces lo había sentido ya en el taller y no le había hecho caso,

¡Era mucha delicadeza!

Y aquella noche no durmió el pobre cajista.

Al día siguiente, cuando entraba á la imprenta, silencioso, pálido, con la cara desencajada, soñoliento, entristecido por la noche de insomnio y el recuerdo de su hijita enferma, llevando aun en su mente los caracteres de la última cuartilla, se encontró con el redactor sociológico, aquel hombre de bigote á la prusiana, alto, elegante, correctamente vestido, oliendo á rosas.

Se le cruzaron deseos de preguntarle porque había escrito aquello, tan hermoso, que él no comprendía, ni tal vez sus compañeros, pero... En ese momento detentan al redactor presentándole una cuenta... y el pobre cajista tuvo que seguir hasta su burro donde aún estaba la maldita cuartilla que no entendía...

JUSTUS.

LECTURAS

No hay más que el hombre que mate por matar, que destruya por destruir. Jamás semejante torpeza ha entrado en una cabeza de animal; si mata, es por hambre ó por miedo, para nutrirse ó defenderse, pero no por vanidad, jactancia ú ociosidad.

BOUCHER DE PERTHES.

CANTOS RODADOS

Los cerros se cortan perpendicularmente y enseñan sus entrañas. Dos moles trazan una calle que va á incrustarse en el primer cordón de la serranía, después de haber recorrido un cuarto de legua, presentando rugosidades, decrecimientos y cavernas. Los molles, arañándose de los resquicios de las peñas, viven con las copas volcadas, suspendidos en el abismo. Algunas piedras enormes, desquiciadas, se abalanzan igualmente hacia la profundidad sombría. Se extienden coronaciones de flores del aire, y de esbeltas pencas cuyas flores en forma de cartuchos encarnados satinan el paisaje. Las hendiduras se pueblan de helechos, los gajos de aídos, los troncos de corolas. Un encaje de verdor cubre las asperezas graníticas, que á veces se cincela en puras líneas femeninas. Los manzanos del campo, vestidos de un ropaje rosado de flores, se estremecen como los ramilletes artificiales de los altares á las nubes de incienso. Brotan ráfagas de perfume. Y en momentos solemnes suenan formidables estallidos: un fragmento se disgrega, describe una parábola radiosa y se aplasta en las aguas mugidoras del arroyo. Se eleva del éste un largo penacho de arena, que brilla como una llamarada blanca. A compás, el eco remeda de gruta en gruta, una armonía estridente y dislocada, una serie de resoplidos volcánicos. Las alas se batan en fuga. Se oyen silbidos. Las pajas comienzan á arrancar de sus tallos, cual cuerdas, una polifonía de sutilísimas modalidades, que el aura recoge para formar su propio rumor simbólico.

A la hora de la siesta, de la quebrada, sale un vaho de horno. El sol amasa los engendros. Pasan bocanadas de aire tibio. Los matuastos, vestidos de negro con bandas amarillas, se dejan estar tendidos sobre las lajas, que relumbran á la manera de espejos. Aparecen arañas como el puño y lagartos cual bastiones. Los árboles, mustios, se doblegan. Los picos de oro duermen bajo las alas... No hay un solo cóndor en los peñascos, donde tienen su alcázar... De pronto se alza una nube plomiza en el cielo. Se agranda, se ennegrece, toma la imagen de una ola agitada y gira sobre unos ejes sombríos y tronadores. El espacio se oscurece. Huyen torrentes de neblina á ras de la tierra. Los pájaros se abaten. Las hojas de los árboles se inclinan. Los tallos tiemblan. Se oyen ladridos, mugidos, rugidos, en un desorden que zumba. Los cantos ruedan taldadrando las rocas, y sonando con sonoros acentos metafísicos. La tierra se arremolina como una humareda. El viento pasa... Las copas de los molles, en torciones furio-

sas barren el suelo, se yerguen, tiritan y crujen. Y en medio de los relámpagos que brillan, y en medio de las nubes que espesan el aire, se divisa la negra legión de los cóndores, habitadores de los peñascos, gloriosa y triunfante, seronamente batiendo las alas... Y entonces, mientras la sierra entera palpita en las tinieblas armoniosas de la borrasca, y cuando los ecos repiten á los ámbitos el clamor de la naturaleza gozosamente sorprendida, ellos unen su voz á este grandioso concierto... ¡cantan! ¡graznan!

Córdoba.

JOSÉ MARÍA VÉLEZ.

INDUSTRIA NACIONAL...

Lechería "La Martona"



Nuevo, grande, infalible y privilegiado sistema para fabricar 42.000 litros de leche diarios sin una sola vaca.

Al finalizar aquel crepúsculo de fuego, durante el cual, el sol, convertido en inmensa hoguera, arrojaba sobre el horizonte llamaradas de luz y tenía de rojo las fachadas de los edificios, las ramas de los árboles y la hierba de los paseos, anchas nubes de color gris se extendieron por el espacio, aumentando el bochorno, haciendo más sofocante la temperatura, como si en ellas se condensaran y fundieran el vaho caliente que salía de la tierra abrasada y el humo del incendio que amenazaba consumir el infinito. Vino la noche y dijérase que aún no se había puesto el sol, que aún no se había extinguido la enorme hoguera, que después de arrasarlo todo con sus llamas, de convertirse en montón de brasas cubiertas por las cenizas de la catástrofe, ardía en un rincón del cielo á manera de humante rescoldo que no acaba de extinguirse nunca, y daba señales de existencia rasgando las nubes con relámpagos cárdenos y con trepidaciones sordas.

Así fueron pasando las horas y llegaron las primeras de la madrugada, sin que una ráfaga de aire puro viniese á refrescar la tierra, á sacudir las hojas inmóviles de los árboles, á introducirse en el fondo obscuro de las casas dormidas, que abrían de par en par, para recoger el oxígeno de la atmósfera, sus anchas bocas de madera y de vidrio. Era aquel un amodorramiento sombrío, una inquietud de asfixia, el sueño profundo de una ciudad aletargada por el calor y rendida por el cansancio.

Yo, tan falto de sueño como codicioso de frescura, recorría las calles de aquel harrio desierto. Iba de paseo conmigo mismo, disfrutando de esa soledad acompañada, de esa conversación muda de uno con uno mismo, conversación llena de tristezas y de alegrías, porque conversa uno con sus recuerdos y con sus esperanzas. Así iba yo, abstraído en mi propio, haciendo una excursión por los interiores de mi alma y perdiéndome en ella hasta el punto de olvidar cuanto, fuera de ella, existía. Y así, hubiera continuado mucho tiempo, si una voz de mujer, fresca, vibrante, bien timbrada, no hubiese metido por mis oídos esta copla que llegó á mi espíritu y le hizo avanzar hacia afuera como hace avanzar al soldado hasta la puerta de su tienda el toque agudo del clarín:

Dame un beso con tus labios,
con tus labios de corales,
y ríete de las penas
y deja que vengan males.

La última frase de la copla se perdió en el aire, y yo anduve algunos pasos deseoso de conocer á quien la cantaba.

Allá, en el fondo de la calle, descubriase una reja, por entre cuyos barrotes negros salían los reflejos amarillentos de una luz.

De aquella reja había brotado la copla, de ella brotaban entonces los acordes melancólicos de una guitarra. Seguí avanzando; llegué frente á la reja, y cuando mis ojos penetraron por ella, retrocedí con asombro...

Nada más inesperado, más triste, que el marco donde se desarrollaba aquella melodía hecha para sonar á la puerta del cortijo andaluz, bajo el toldo verde de la parrá, entre el canto de los ruiseñores, el perfume de los jazmines y la alegría majestuosa de un cielo cubierto de estrellas.

Era la que yo tenía delante de mí una habitación ancha, destartada, irregular; la luz de un quinqué que ardía sobre una escalerilla portátil de cinco peldaños, no bastaba á iluminarla por completo; en la parte del espacio más próximo al quinqué, era difícil distinguir con perfecta claridad los objetos.

Ni sillas, ni mesas, ni adornos de ninguna especie existían allí; un banco de aserrar en el centro, algunas escaleras portátiles esparcidas aquí y allá, una puertecilla á la derecha, y á lo largo de las paredes dos inmensas estanterías de madera que se alargaban hasta el fondo obscuro de la sala.

Sobre aquellos estantes simétricamente alineados, en correcta formación como si asistiesen á una gran pa-

rada, veíanse unos como cajones entrelargos, blancos éstos, negros aquéllos; con adornos de oro los unos, con galones de plata los otros; algunos relucían despidiendo reflejos metálicos... Eran ataúdes. Mis ojos miraban la recámara de un establecimiento de pompas fúnebres, de una expenduría de vehículos para el otro mundo.

Y en aquella habitación, en aquella antesala de la muerte, iluminados por los reflejos amarillos del quinqué, sentados uno cerca del otro, estaban una mujer y un hombre; el hombre en mangas de camisa, entreabierta la pechera para descubrir el pecho musculoso; una pierna encima de la otra, la guitarra descansando entre las piernas, y las manos arrancando á las cuerdas de la guitarra notas dulces, acordes llenos de ternura y de pasión; la mujer, con el cuerpo echado hacia atrás, los negros ojos clavados en el techo, la garganta escorzada, las manos caídas á lo largo del cuerpo y la azulada cabellera desgrenándose sobre los hombros; él la miraba con mirada de amor, y ella entreabría la boca, como si aún retuviera en ella la última estrofa de la copla cantada, como si estuviera acariciando con sus labios la primera palabra de la copla que estaba dispuesta á cantar.

Debía ser marido y mujer, y formaban un grupo encantador: jóvenes, sanos, alegres, contemplándose el uno en los ojos del otro, velando sus amores en la luz del quinqué, disfrutando de su juventud y de su cariño en aquella noche calurosa de Julio.

Yo continuaba mirándolos, sin darme cuenta exacta de la impresión que tan extraño cuadro producía en mí, cuando sonaron en la calle pasos precipitados; un hombre la cruzó, llegó á la puerta de la tienda, llamó con golpes presurosos y esperó un momento, paseándose con impaciencia de un extremo á otro del edificio.

—Llaman—dijo la mujer.

—Sí; algún parroquiano—respondió el hombre.

Y dejando la guitarra en el suelo, empujó la puerta cilla que comunicaba con la tienda, y salió á abrir volviendo á los pocos instantes.

—Es ahí al lado—dijo—, en el 23. Vuelvo en seguida.

—No tardes—respondió ella.

El hombre se puso una americana, salió á la calle pasó delante de mí silbando entre dientes.

Yo permanecí delante de la reja contemplando á aque-lla muchacha, que seguía en la misma postura, con los ojos fijos en el techo, la boca entreabierta, la garganta escorzada, las manos unidas y el busto saliente, busto sensual y enérgico que se alzaba y deprimía á impulso de la respiración de la joven, agitando el lienzo de su cámara color de rosa.

El hombre volvió á poco rato, sonreía con aire satisfecho, como quien no ha perdido el tiempo.

—Buen negocio—dijo, mientras golpeaba cariñosamente las mejillas de su mujer. Entierro de primer clase, ataúd de cinc, seis caballos, lacayos empolvados.. De éstos caen pocos.

Ella le miró sin contestar, mientras él añadía:

—Y ahora á acostarnos, que ya es tarde. Despertare mos á los mozos y ellos lo irán preparando todo. No podemos quejarnos. Si siguen así nuestros asuntos, va mos á ser ricos.

—¿Y quién es el muerto? preguntó ella.

—Una vieja que pesa lo menos ocho arrobas. ¡Puff! ¿Qué mal olía!..

Y rodeando con sus brazos la cintura de su mujer, le trajo hacia sí, y estampó en la carne fresca y sonrosada de sus mejillas un beso largo, vibrante, sonoro.

Y era hermoso el espectáculo que ofrecían los dos jóvenes, fuertes, amantes, esperanzados en el porvenir abrazándose ante un senado de ataúdes, arrojando su dicha como un reto sobre aquellos artefactos fúnebres sobre el recuerdo de aquel cadáver, que olía tan mal.

Ellos representaban, ignorándolo acaso, en las tinieblas de la noche, en aquel sitio y en aquel instante, un idilio sublime, algo grande, consolador, eterno:

La vida y el amor triunfando de la tristeza y de la muerte.

Si es verdad que el genio es el más perfecto reinado de la igualdad y que no es posible decir quien sea más grande, si Galileo ó Colón, Dante ó Beethoven, Miguel Angel ó Cervantes, es también exacto que no se puede elegir entre un autor dramático y otro, cuando ambos contienen palabras útiles y buenas.

De cualquier parte del universo que venga la buena palabra y cualquiera que sea la forma en que esté expresada, clásica ó romántica, verista ó naturalista, el intérprete honrado debe acogerla agradecido, entenderla, amarla, saturar con ella el alma y revelarla claramente en toda su belleza, desde la cátedra de la escena.

He aquí en pocas palabras, mi modesto pensamiento respecto de este arte representativo que, con el pasar de los siglos y el transformarse de la civilización, permanece eternamente joven y generosamente útil, que a los corazones y las inteligencias de los pueblos más lejanos y diversos, en una sola palpitación de amor, en una contemplación única de belleza.

ERMETTE ZACCONI.

EN EL OBRAJE

En medio de la selva de quebrachos el noble obrero se alza
cual generoso *pioneer* del progreso,
entre sus manos oprimiendo el hacha.

En torno de él hay flores aromosas
en troncos de esmeralda,
cortinas y glorietas
de caprichosas lianas,
caraguatás de espinas punzadoras,
empenachadas y cortantes pajas,
montones de hojas secas que se pudren,
reptiles que se arrastran,
insectos que se esconden y que zumban
y pájaros magníficos que cantan.

Allá, lejos, señales y vestigios
de los toldos deshechos de la indiada,
de esos hijos del suelo americano
que vagan en su suelo como parias,
y allá el bramido del jaguar que acecha
á la tranquila vaca
ó á los potros matreros que se internan
en la salvaje selva enmarañada.

¡Oh, todo allí es espléndido! El arroyo
de cristalinas aguas,
que refleja el azul del firmamento,
cruza, como culebra, á la distancia,
llevando anfibios en su seno y peces
de lucientes escamas,
mostrando en sus orillas
arenas rubias por el sol doradas
y más allá las frondas
que con flores del aire se enguirnaldan
mientras sus pies se adornan
con el blanco plumaje de las garzas.

¿Y qué más—En la selva
la fiel *querida* del obrero vaga
sin temor ni zozobras,
juntando secas ramas
y secas charamuscas
para hacer fuego y calentar el agua.

Después oid: la selva se estremece
á los golpes del hacha
y del robusto tronco
á todos lados las astillas saltan;
los pájaros se asustan,
los reptiles se espantan,
mientras los ecos de los rudos golpes
por las vírgenes frondas se difatan.

Es ruda la tarea,
la obra difícil y árdua,
se suceden los golpes tras los golpes,
el brazo es formidable y no se cansa:
que el obrero es un Hércules

nacido en nuestra tierra americana
para voltear los toros con el lazo,
para tumbar las selvas con el hacha.

El árbol corpulento,
cual gigante vencido en la batalla,
cediendo al recio empuje
del titán que lo rompe y lo quebranta,
parece que se queja
con crujidos que espantan;
reclina, bambolea
sacudiendo su copa soberana,
en cuya cima erguida
se posaron las águilas,
y cae, con horrisono estampido,
como cae, destrozada
por el rayo del cielo,
con pesadumbre inmensa la montaña...

Y antes que del árbol que se tumba
el estruendo se apague, á la distancia,
como un grito de triunfo del progreso
la audaz locomotora silba y pasa.



Después... sobre el vencido
sentado el héroe, que abandona el hacha,
seca el sudor fecundo
que de su rostro mana
y bebe á sorbos el sabroso *mate*
que su *querida* con placer le alcanza,
en tanto que le envía mil caricias
y mil besos de amor con la mirada.

JOSÉ CIBILS.

QUIEN ha presenciado estos espectáculos no los podrá nunca olvidar: la llegada del varón proyección semiprimitivo a la tierra de la cultura, y la capital ática de atar por el viejo boer boyero, cuya pesada alma hugonota es prínida por la mano de Patria ha dado su juro de lágrimas, como la roca aceite en el rudo versículo bíblico. Yo fui á Marsella á ver arribar el tienderland en triunfo, y vi á Marsella vibrante como una cigarrar, recibir al anciano capitán naufragado que viene á Europa á probar la última esperanza mientras su barco se hunde. La nave de Guillermina entrando al puerto entre barcos empesados, las salvas del saludo, los gritos y aclamaciones de una multitud en delirio, los vendedores de periódicos, himnos y retratos. La alegría meridional frente al mar azul, las damas en los muelles agitando sus pañuelos y los hombres sus sombreros... todo para un vencido. Cuando apareció la figura del viejo Krüger, noble rostro de león, que en nada se parece á esa cara de gorila canoso que han multiplicado las ilustraciones, un trueno de voces resonó en toda la costa. La sonora é hirviente Cannebíere estaba animada de manifestantes; las banderas republicanas se agitaban; Marsella clara y griega, se abría al gozo y al entusiasmo, lírica granada como la de los versos de Roumanille; los marseleses cantaban la Marsellesa: todo era bullicio y ardor ante esa seca alma bátava, nutrida de savia protestante, tan ajena á la gracia y al vuelo franceses, y que debe haber estado más que conmovida, sorprendida ante la recepción de este gente ruidosa y solar.

Y era toda la Francia unida para saludar al que viene encarnando una idea, un símbolo: la justicia. Después de la bienvenida y la voz del poeta patriota que en río desde su Provenza palabras conmovidas: "Con mi veneración, con mi admiración profunda saludo al presidente Krüger en Marsella. De pie, á la entrada del nuevo siglo, ese patriarca aldeano representa hoy, representa solo, la dignidad humana en su más alto aspecto. Con los brazos alzados al cielo, él ha sostenido, como Moisés, la esperanza y la fe de su pueblo, contra el invasor insolente. Todos aquellos cuyo corazón palpita á la vieja palabra de justicia, á la vieja palabra de patria, se inclinan delante de Krüger, conductor y profeta del santo pueblo boer." Felicísima la comparación con Moisés... Diganlo la figura de vrbz fuerte, el espíritu de la Biblia que precede á esas tribus combatientes; las familias errantes con sus rebañes en Marsella desgraciado; pero, sobre todo, el Becerro de Oro que aparece, causa y fin de toda la sangre vertida y de todo el dolor causado, el ídolo de la Charte-red, fundido por Cecil Rhodes y visto á través del monocle de Chamberlain.

Después de Marsella, saludó Avignon, luego Lyon, luego Dijón, luego Paris. ¡Curioso contraste entre el pueblo y el presidente!

La entrevista con Loubet ha sido singular. Es algo como el saludo del que va á morir: el triunfo, no obstante: de la fórmula, el apogeo del protocolo, para resultar en suma de cuentas: "Siento mucho vuestras desventajas, pero estáis condenados á perecer. El mundo civilizado os admira, celebra vuestro valor y lamenta vuestras desgracias; pero no se puede hacer más, y estáis ya entre las quitadas del mundo." Hay algo en esas consolaciones de última hora y lisonjas en capilla, de los discursos utuosos al guillotinado por persuasión. "Que os lleve el diablo; pero moriréis muy bien y el universo os aplaude". Serían de ver los pensares ocultos de Tío Pablo cuando ha encontrado al Elíseo entre el brillo de las corazas que hacen los honores reglamentarios á los reyes, las vistosas libreas palatinas, el lujo oficial que se emplea para el cha, ó para Jorge, ó para Leopoldo, mientras él viene, rústico Néstor, á demandar una limosna de justicia. Y cuando Loubet *trés jule*, dice un periódico—le dice sus consuelos platónicos, Krüger todavía le habla de Dios, le habla de su fe, de su confianza en la justicia suprema, con palabras simples que en su duro holandés de hierro muestran su espíritu patriarcal alimentado de salmos.

Y el pueblo de Paris... El tiempo estaba lluvioso, el bulvar inundado de gentes. Abríendome paso en un bosque de paraguas llegué á colocarme en buen puesto el día de la llegada del jefe transvaalense. La muchedumbre se apretaba en los alrededores, los cafés no podían contener á los parroquianos. Aquí, allá, cantores ambulantes cantaban versos al *per* Krüger con música de aires conocidos. Muchachas guapas pasaban con los colores del Transvaal en los corpiños y los del amor de Paris, en las mejillas. Paris loco, loco de atar, por el viejo boer boyero, sacaba todos sus brillos á relucir y ponía todas sus cuerdas á vibrar. Y no había sino una confusión de cosas; y todas las opiniones y todos los partidos se juntaban para dar los buenos días de Paris al recién llegado. Es la primera vez que nacionalistas y dreyfusistas se han unido en idéntica comunión, mientras estaban ya listos los besos de la princesa Matilde para los nietos del patriarca. Y cuando el clamor inmenso y tempestuoso asordó el bulvard y llegó en el coche Oom Paul, la ciudad histórica tuvo un verdadero espasmo. Se alzó el viejo Krüger, pude verle

mejor que en Marsella. No es colosal, como se le ha pintado, pero de bueno y fornido cuerpo, amacizado de caza y labores rurales; es el pastor tres años, pastor de bestias y pastor de pueblos, y pastor también evangélico, medido en su hopalandia negra, clergymán abuelo, que cuando no masca su pipa masca á San Pablo, ó al santo rey David. Hay un retrato del Tío que le revela en absoluto leonino, león de Africa; león quieto ya, que ha sabido saltar y desgarrar á tiempo, león de combate; y al propio tiempo león vique que sueña en vagos horizontes, león que clava sus anchas pupilas fatigadas en las lejanías de las puestas de sol. Es el retrato en que está á la puerta de su casa de Pretoria entre dos regias fieras de mármol. Y las dos fieras de mármol parece que fuesen copias y representaciones, no de leones libres, sino de animales de Pezon, domados cuadrípedos carniceros, fieras de feria, que se humillan al pilotozato y al chasquear del látigo, y tienen el cuello como cuello de buey, para el yugo. Diez yuntas tenía la carreta que condujera el mismo tío Pablo, diez yuntas de bueyes... Á los leones, mejor antes la muerte de un tiro que sufrir finalmente la supresión del monte libre y la cadena impuesta. Venerable león que confía en Dios, Oom Paul debería estar ya convencido de que los sarracenos cuando son más muelen á palos á los cristianos, y que, en nuestros tiempos por lo menos hasta ahora, Dios no tiene otra ocupación más interesante que salvar á la reina.

Paris se ha estremeido, se ha conmovido y ha hecho ver su locura al mundo una vez más. Es la locura noble de las razas generosas, de las ciudades cordiales, de los pueblos gentiles y altivos... Paris sonrte al monje y al peñacho, al día de fiesta y al sombrero del Cabito, y al caballo negro y al *toupet* blanco; pero Paris sonrte sobre todo, como Atenas, como Roma, á las altas ideas y á las acciones magnas. Dario, será bien recibido en casa de Alejandro. Los pueblos caídos, los héroes todos que combaten por la libertad, los Kosiuscos, los Garibaldis, los rojos John Brown, los negros Maceos, los amarillos Aguinaldos, todos los soldados de todas las naciones que vienen á la ciudad incomparable á pedir ayuda, ó simpatía, la encuentran, la han encontrado, copiosa, ardorosa, á veces fanática. Los poetas (ah, si Hugo existiese, qué oda, qué carta á la reina Victoria sobre el arbitraje, qué entrevista con Krüger!) los poetas han hecho sus versos, modernísimos como los de Stuart Merrill, fofos como los del Coppée de hoy; los dibujantes han esbozado simbólicas alegorías, retratos varios, figuras, paisajes, símbolos aplicables al suceso famoso; los escarpadores de los librerros se han cuajado de obras geográficas, etnográficas é históricas referentes al pueblo pastoril y médico bárbaro que ha tenido el valor de oponerse á la conquista inglesa; en el libro de inscripciones simpáticas han dejado su nombre aristócratas, y obreros; y han ido á visitar al ídolo del momento los mandarines de la política, los directores de la literatura, militares y jueces, princesas y damitas apasionadas del Aguilucho de Rostand ó á quienes el orleamismo acarria. Solamente los socialistas no se han hecho notar. ¿Por qué?

No hay duda de que Tío Pablo es pintoreoso, y que la novelaría de la capital, después de la exposición necesitaba algo fuerte para su apetito, un aperitivo tal vez para cosas mayores que quizá están ya en la puerta del siglo que comienza; y en que la innegable antipatía que existe para el inglés, para el país del *Belverfont*, para el odioso vecino de enfrente, hallaría oportunidad de encender sus fuegos, sobre todo después del contenido ímpetu de Fachoda. El Tío es pintoreoso, no hay duda, con sus anteojos, con su sabia ignorancia, con su Biblia, con su sombrero legendario que ha sustituido con un "ocho-reflejos", y con sus nietas rosadas y neticetos. Para sus nietas, las mejores flores de los jardines parisenses. Lo merecen estas bellas damas...

En *La Nación* he hablado varias veces de Jean Carrère, desde su famosa aventura en los levantamientos bariolatinos del 93. Este poeta, de la familia de Mistral, todo entusiasmos y todo nobleza, que ha dejado hace tiempo las rimas *noes* y el *verdoisimo*, y que ha resutado un poeta de primer orden, fue viado recientemente al Transvaal por *Le Matin* y ha contado en cartas chispeantes, pintorescas y líricas sus impresiones sudfricanas. El nos ha pintado, sobre todo, la rara bravura de las mujeres boers, que explican la firmeza especial de esos cazadores de ingleses, de cafres y de búfalos. Elogia sus palabras y sus actos, y agrega con su tono meridional:—"Eh! savez vous que ces Boers ont tout simplement des coeurs et des formules de romains!" Las dos boeras que ya he visto en Paris, confieso que me han causado gran sorpresa. Con la general creencia pensaba que no había en la república heroica más que espesas Cornellas, ó gruesas parideras á la suiza, sólo maternidad. Y rosa y lirio, la Sra. Gutman me ayudó á entender con su alta presencia que en Pretoria no huelzan los tesoros de madrigales. Allí, en el hotel Scribe se han dejado, ella y madama Eloff, admirar y *kodalkar* por la curiosidad parisense. Bellas como son, con sus ojos pasivos de amorosas y cumplidas hembras

muestran un aspecto de energía que hace adivinar á las esposas de los estancieros rebeldes que con su cartuchera terciada se van en su caballo corredor, de caza ó de guerra, á poner la bala donde fijan el ojo, y saben matar y saben morir, hábiles y esforzados jinetas como gauchos, resistentes y testarudos como paraguayos.

Para París el alma de Krüger es extranjera, y el pueblo boer no es sino un pueblo bárbaro. El presidente pastoril no sabe más que lo que le ha enseñado el libro santo de su religión restricta, y cuando llega á Francia por la tercera vez, necesita todavía de intérprete. Se admira como un simple cha del mecanismo de la torre Eiffel, y muestra ante la civilización latina su instinto nórdico, silencio y taimado. Es el retoño africano y colonial del holandés espeso, ante este sutil y ligero espíritu galo que recorta las ideas con la intención. Está más cerca de los alemanes que de los franceses, es más bebedor de cerveza que de vino. Y ese pueblo suyo es un pueblo de vaqueros, sin artes, sin literatura, sin siquiera un Santos Vega entre sus campesinos, pues no valen nada ante el natural soplo lírico de la pampa las canciones que ha intentado improvisar en tarea periodística y aprovechando la actualidad, más de un afecto al folk-lore: pueblo sin ideales, más que el ordeñar, el cazar, el sembrar, el engendrar, el sacar riquezas de las minas (lo cual quizá sea de una superior filosofía...); pueblo de gentes taciturnas y opacas. No puede en ningún caso—excepto el de la representación de una idea transcendental y absolutamente humana y universal—ser visto como un pueblo simpático y fraterno por este pueblo que tiene sus antecesores en la Hélade y en países y bosques donde los ruseñeros no sabían de coros luteranos.

Lo que se ve es sencillamente al anciano vencido. Si Lear viniera, el rey Enrique le daría su ciudad de París, como en la canción que tanto complacía á Alceste. Y

luego, hay el enemigo probable, el enemigo que mañana puede estar enfrente, la amenaza de la isla de rapaña que enjaló al vencedor del mundo, y que está allí, al otro lado del canal de la Mancha. Y además, los partidos han aprovechado la venida del anciano luchador, para tomar como una bandera su nombre, como un torroeu de victoria su figura, esa figura que han aprovechado tanto los caricaturistas. Y los de la Revancha por un lado, y los otros por otro, han agitado sendas palmas al que llega en nombre de la justicia.

París ha recibido como debía á ese vencido. París sabe lo que es la intersección de los idiomas barbaros. París sabe lo que son botas.

¡Ah, ellos han sido fuertes los boers, han sido invencibles, pequeños en número, ratón contra gato, gato contra leopardo, azorado caballo salvaje contra ferrados unicornios! Aun más, ellos han sido *los superiores*. Porque, como dice el gran poeta inglés cuyo nombre no se puede pronunciar: "Los ingleses son fuertes porque cada uno tiene una Biblia; pero los boers son más fuertes porque cada uno tiene una Biblia y una escopeta". Para Krüger la mejor palabra es la de ese admirable shakespeareano del lápiz, Olivier Merson: *Morianur*. Una cabeza de Cristo. Prepararse á morir, dejarse morir, ante la injusticia, ante la fuerza, ante la soberanía de los piratas, ante los cañones mejor fabricados y ante las codicias mejor dirigidas. Morir, es decir, dejarse comer. El último filósofo es Nietzsche, el último poeta Kipling. Solamente que en este caso, á pesar de sus simpatías, no puedo dejar de ver cambiarse la cabeza simbólica y sagrada de Merson, por una cabeza encornada de diamantes, una dorada cabeza de terrore.

Ante la cual Krüger romperá su Biblia.

RUBÉN DARÍO.

Crónica

La Justicia en la Provincia de Buenos Aires

El caso Villourou-Kenney.

Ante los tribunales de Mercedes ventilase actualmente una causa cuya dilucidación reviste especial importancia no sólo desde el punto de vista de la aplicación de nuestras leyes (y decimos *nuestras* por costumbre, ya que las leyes, está visto y probado, son sólo para uso exclusivo de los poderosos) sino también desde el punto de vista de la defensa individual, amenazada con el fallo parcial de un juez que, al condenar, ha cedido, evidentemente, á influencias extrañas que nada tienen que ver con su ministerio considerado sagrado todavía por más de un pobre incauto.

Establezcamos los hechos. Hace algunos meses la crónica telegráfica de los grandes diarios porteños daba cuenta en sus columnas de un sangriento incidente ocurrido en el pueblo de Suipacha durante una reunión familiar, incidente de cuyas resultas había dos víctimas: un muerto: Patricio Kenney, y un herido grave: Diego Villourou,—ambos vecinos estimadísimos de dicho punto y amigos, según las mismas noticias, hasta el momento trágico.

Ahora bien ¿cómo había ocurrido el drama? Difícil era averiguarlo ya que las personas que acompañaban á Villourou y Kenney en la reunión de la referencia hubieron sin que pudiera obtenerse de ellas en los primeros instantes declaraciones oficiales alguna. Pero, pasada la primera desagradable impresión, los testigos resolvieron declarar y he aquí lo averiguado: 1.º Que había habido lucha. 2.º Que Kenney estaba armado de revólver. 3.º Que Villourou no portaba armas. 4.º Que Kenney disparó la suya hiriendo gravemente á Villourou en la ingle. 5.º Que Villourou, en defensa de su vida, atacó á Kenney pudiendo arrebatárle el arma con la cual le dio muerte. 6.º Que, al parecer, el tiro se le escapó á Kenney.

El hecho es tan claro que un niño, sin jueces á mano se entiende, lo resolvería. Se trata incontestablemente de un caso de defensa personal, en el que un hombre véase fatalmente obligado á destruir otra vida en salvaguardia de la suya.

Pero, héte aquí que una camarilla política—en la provincia de Buenos Aires se administra así la justicia—aprovecha de la oportunidad para tratar de hundir á un adversario contando para ello con un juez complaciente, camarada de aldea y de opresión que, á los efectos de la venganza, haría lo que se le indicara á falta de iniciativa propia...

Y entonces se amplía el sumario haciéndose este al palpar de la camarilla, redactado por un comisario instructor que improvisa testigos (desde que todos, los verdaderos habían huido prudentemente la noche del suceso, cualquier amigo de buena voluntad, por ejemplo, ó cualquier infeliz martirizado ó vendido podía servir de tal)—hemos de poner los puntos sobre las íes en este asunto dando nombres, apellidos y demás señas de los instigadores y falsaríes—y arregla el pastel para que el juez, el del sagrado ministerio, pudiera devorarlo sin el temor de atragantarse, —lo que equivale á decir: que el juez Liosa, basado en di-

cho sumario, ó sea en dicho pastel, falso á todas luces, acaba de condenar á Diego Villourou á su justa pena de 8 años de cárcel. ¿Porqué se imaginan Vds? Pues, oigan y no se desmayen: por homicidio provocado! ¡Oh, las cosas á que provocan nuestros jueces!...

Ahora vamos á cuentas. Es indispensable que nuestros lectores sepan que estos absurdos judiciales se perpetran en la benemérita provincia de Buenos Aires, la misma que cuenta en sus cámaras legislativas con ilustres aparcadores de verdaderos criminales como Segundo Arza, por ejemplo, convicto de asesinato con premeditación y alevosía en la persona de su amante—su compañera de vida durante 25 años—cuyo proceso duerme el sueño eterno—aquí de otra camarilla que también tendremos en cuenta oportunamente—en las mismas oficinas donde ha tramitado, con alguna celeridad por cierto, el asunto que nos ocupa y sobre el cual prometemos, porque lo merece, continuar ocupándonos en el próximo número de MARTÍN FIERRO.

Callejera



—Continuad vuestro camino, niña! Y sabed que la mendicidad constituye una verdadera vergüenza para la primer capital sudamericana.

En la Ópera

Me voy al teatro. Yo me divierto mucho allí...
¿Que si me voy solo? Si...
¿Absolutamente? No...
Siempre, lo mismo que ahora, cuando paseo, de fijo voy con Sarcasmo—mi hijo—y Tristeza—mi señora.
Tanto me quiere la una como me idolatra el otro: el pequeño es un potrero, la madre un rayo de luna; y entre enojos ó entre halagos y ya alegre ó aburrída, los tres vivimos la vida pacientemente y á tragos...

Cada principio de mes le doy al Arte unos cobres y aquí estamos, como pobres, en una silla los tres!
¡Cuanto reflejo colora la gran sala! Yo sospecho que debajo de este techo se ha aprisionado una aurora. Las elegantes gacelas se arrebujan en sus trajes, en la escena ¡qué paisajes! en los palcos ¡qué acuarelas! Aspiro en ondas livianas perfumeces de alielies; los mozos ¡qué maniquies! las mozas ¡qué porcelanas! ellos ¡qué bien educados! ellas ¡qué finos contornos! Ellas sirven para adornos y ellos... para diputados. Ellos y ellas... (hasta aquí de mi discurso brillante: para evitar el picante debe arrojarse el ají. .)

—Papá: recurro al espejo de tus años—habla el niño á quien yo escucho y aliño con mi paciencia de viejo—para que me explique en suma si esto que brilla á mi lado es oro, níkel dorado, tela de araña ó espuma... Medito... é incontinente, después de arrugar el gesto, le respondo: — todo esto es vanidad solamente; mas vanidad con decoro... adquirida en un segundo... hijo: en la farsa del mundo

el níkel dorado es oro
¿Has entendido
Y él, grave,
comienza á cantar sin pauta:
Bartolo tenía una flauta con... lo demás que se sabe.
¡Vaya una insolente broma la del muchacho travieso!
y la madre le dá un beso con sus ojos de paloma...
¡Oh, mi Tristeza! En la silla y á la luz en que se baña ¡cuánto parece que extraña el calor de la bohardilla!
Alza en vano la cabeza afectando un aire pulcro, como rosa de sepulcro que se muere de tristeza...
Y... pero con altivez
Sarcasmo ruje y me acosa, dejemos pues á la rosa que se muera de una vez!

—Papá, papá! Yo deseo que, desde aquí y á tu modo, tú me presentes á todo lo que palpo y lo que veo.
¿Lo harás?

—Lo haré á condición de que atiendas, pero, sin...
—¡juro callar hasta el fin... de cada presentación!
Y entretanto que él espera, saco el lente y muy paciente, toso, me planto mi lente y empiezo de esta manera:

—Aquel gomoso de clac que, encantado, mira cómo tan recta y larga y á plomo le cae la cola del frac...
¿ya me interrumpes?...
—¡Y quién no te interrumpe tal bola!

¡ese señor tendrá cola, pero la oculta muy bien!

—Aquella joven... ¡encantá su fino porté de abeja!
con un sol en cada oreja y una aurora en la garganta, ¿sabes quién es?

—ni procuro; yo lo que sé, lo que digo, es que el brillante es el trigo con que se hará el pan futuro...

—Aquél personaje, que

observa á las gentes, con ese aire de protección del que ha sorbido rapé, buena y honorable alhaja según dice su sirvienta!...
—papá, no laves en cuenta lo que habla la *gente baja*...

—Aquél grupo, que comparte tan ajeno á la tragedia, ¡ya puedes ver cuanto media desde sus vientres al Arte! habla de ganaderías, de cosechas, de terrenos...
—¡y pensar qué hay tantos frenos en las talabarterías! ..

—Aquél... ministro y doctor, juzgado por cada cual si como abogado, mal, como ministro... peor, la cartera, enfurecido, dejó por una tontera ..
—eso: dejó la cartera y se llevó el contenido.

—Aquél...
Un vaho de rosa como una impalpable gasa flota sobre mi... ¿Qué pasa? que ha despertado mi esposa.
—¿Sufres? la digo, más ella calla, observa y... dice así: — tú hablabas... y yo me fui á soñar sobre una estrella...
Que á esta luz y á este gentío no se amolda mi costumbre... ¡mira qué aroma y qué lumbre y sin embargo, qué frío!...
El Arte aquí es un peñasco duro, insalobre y sin savia... ¡esto da risa ó da rabia por no decir que da asco!
Y entre este oropel que brilla y estos aplausos que escucho ¡ay, yo extraño, pero mucho, el calor de la bohardilla!...

¿Qué contestar?

Al instante me voy con la que me lleva, caminito de la cueva y el mequetrefe delante, pensando que, si al escoplo cedon los robles, en suma á lo que sólo es espuma... lo ha de evaporar un soplo!...

FEDERICO A. GUTIÉRREZ.

LECTURA

DEJAD decir; dejaos vituperar, condenar, encarcelar, dejad que os ahorquen, pero publicad vuestras ideas. Esto no es un derecho, es un deber; es ineludible obligación del que tiene un pensamiento el reproducirle, darle á la luz para el bien común. La verdad pertenece á todos. Lo que conocéis útil y conveniente que todos lo sepan no podéis callarlo en conciencia... Hablar es bueno, escribir es mejor, imprimir es excelente cosa.

COURRIER.

LECTURAS

La revolución tiene un enemigo implacable: la sociedad vieja, como el cirujano tiene el suyo, la gangrena.

La revolución estirpa todo lo que es tiranía en todo lo que es tirano.

La operación es espantosa; cruenta, pero la revolución la practica con mano segura.

Cuanto á la cantidad sana de sangre que sacrifica, pedidle á Boerhave su parecer.

¿Qué tumor puede cortarse sin que produzca pérdida de sangre?

¿Qué fuego puede extinguirse sin que el incendio devore su parte?

Estas necesidades terribles son condiciones precisas del éxito.

Un cirujano tiene algo de parecido con un carnicero: el que cura puede ofrecer las apariencias de verdugo.

La revolución se consagra á su obra fatal.

Mutila, pero salva.

¿Que! ¿Le pedis perdón para el virus?

¿Queréis que sea clemente con lo que es venenoso?

Pues no os atenderá; se apoderó del pasado y acabará con él.

Hace á la civilización incisión profunda de donde brotará la salud del género humano.

Sufris sin duda; pero ¿cuanto durará el sufrimiento? El tiempo que dure la operación.

Después viviréis.

La revolución amputa á la sociedad originando la hemorragia que se llama felicidad humana.

V. Hugo.

La verdadera revelación, es decir la verdadera fuente de conocimiento fundado sobre la razón solo se encuentra en la naturaleza. El rico tesoro de verdadero saber, que constituye el elemento más precioso de la civilización humana, brota de la sola y única experiencia, que adquiere

el entendimiento tratando de conocer la naturaleza, y de los razonamientos que ha construido asociando las representaciones empiricasjasi adquiridas. Todo hombre razonable cuyo cerebro y sentidos son normales, saca de la observación imparcial de la naturaleza esa verdadera revelación, y se libra así de las supersticiones que le han impuesto las revelaciones de la religión.

ERNEST HAECKEL.

Correspondencia de MARTÍN FIERRO

Z. L. de Osornio (Tandil)—Recibimos importe de segundo trimestre. Enviamos desde el núm. 13.

LAS OFICINAS DE MARTÍN FIERRO

Han sido trasladadas á la calle SANTIAGO DEL ESTERO 1072

"Matando el tiempo"

(Dibujo de Eduardo Schiaffino)



La eternidad es la más larga de las noches; Esquema recuerda en su cráneo vacío que él también fué niño, jugó á la torrecita y, alguna vez, á las bochas; habituado á la soledad realiza tranquilamente una partida sin interés y sin adversarios....

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

— K DE —

LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT

y CERVECERIA

SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES

Rocca y Martinelli

MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

**GRAN SURTIDO PERMANENTE
DE MUEBLES DE TODAS CLASES**

Corrientes, 990 Buenos Aires

Ghirardo & Cia.

**EXPORTADORES DE HARINAS
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS**

Calle SAN MARTIN, 253

BUENOS AIRES

U. Telefónica 1777, Central Telegramas: MONTECOR

A. CABEZAS

UNIÓN 2112, (Avenida) COOPERATIVA, 717

Calle GUYO, 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

BUENOS AIRES

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

**Heción inauguradas las Secciones de
CAMISERÍA-BONETERÍA-CORBATAS**

**LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO**

CATÁLOGO GRATIS

"El Malacara" * Almacen
y Fiambreria

de Juan Vismara

Calle SERRANO, 102 esq. MUÑECAS
BUENOS AIRES

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires



ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo

Conozca ó no 'a música

\$ 90 CON PIEZAS
É INSTRUCCIONES

GUITARRAS - MANDOLINES - CÍTABAS

Se reciben suscripciones á los periódicos quincenales "IL
MANDOLINISTA" é "IL PIANO FORTE, de Turín.

PESOS 2.50 POR AÑO

CASA TONINI FLORIDA 470